

Siguiendo la Ruta

POR LORENZA FERNÁNDEZ

Nuestra Iglesia aún conserva dos grandes tesoros que son la Cruz de Plata y la Reliquia de San Blas, defendida por los valientes vecinos del pueblo de los que hace algún tiempo pasaron a mejor vida, Dios los tenga en la gloria, a ellos y al señor obispo que quería llevarles sus tesoros para el museo de la catedral de Astorga, pero ellos se opusieron y no se lo dejaron llevar. Supieron conservar cosas antiguas de las que muchas van desapareciendo. También el sacerdote del pueblo luchaba al lado de sus feligreses por su iglesia.

Hubo otro obispo en Astorga, muy listo, pero, como a todo hay quien gane, le llevó el gato al agua el sacerdote D. Segundo, que recordarán algunos pocos del pueblo.

El señor obispo hizo sus cuentas y le alcanzó unas pesetas que tenía de fondos de la iglesia; venía por ellas. Pero el cura, que era más listo que él y enterado de sus propósitos, llamó a los pintores de La Bañeza, llamados Capullo y Marcial, los llevo de pensión a casa de mi abuelo Juanín y les mandó pintar los Cuatro Evangelistas, San Lucas, San Mateo, San Juan y San Marcos, que están pintados en la bóveda central de la iglesia y, cuando el obispo vino por el dinero, el cura lo llevó a la iglesia, le apuntó para los santos y le dijo: señor obispo, ahí está metido el dinero.

También existen unas imágenes con “retórica” como son el arcángel San Miguel con la espada derribando al demonio; su antiguo sitio fue el que hoy ocupa San Blas ‘el nuevo’, como se decía antes, pues había otro que le llamaban ‘el viejo’, atrás, donde está San Isidro.

Esta imagen de San Miguel era el “metemiedos” de los niños pequeños cuando las madres los llevaban a Misa, pues cuando daban guerra, les apuntaban con el dedo a la imagen y les decían: mira, si no estás quieto vienen las uñas largas y te llevan. Como todos sabéis, San Miguel está pisando el dragón para derribarle y, de verdad, infunde miedo. Pero los niños hacían caso omiso cuando querían. También solían llevarles un cortezo de pan para engañarlos mientras el cura decía la misa. El cura, cansado de ver pedazos de pan por la iglesia dijo en el sermón: no traigáis pan a la iglesia que queda tirado, luego acuden los ratones y nos estropean las ropas. Así que desaparecieron el pan y los niños; los ratones creo que no.

Desapareció el pan bendito que recorría el pueblo llevándolo un vecino cada domingo. Era un mollete de kilo que se encargaban de partirlo el señor Pedro y el señor Cayetano, que estaban delante, junto al altar de la Virgen del Rosario (hoy la de los Dolores) y se sentaban en un escañil que había allí. Cuando partían la mitad del mollete, iban con él hasta los peldaños del altar y, antes de leer la epístola, el cura lo bendecía, luego terminaban de partirlo dejando lo último del mollete, un trozo más grande, debajo del pañito para el sacristán. Al terminar la misa, el sacristán cogía la Paz (una

pequeña imagen) y la cesta, se besaba la Paz y se cogía un pedacito de pan bendito, de aquel que decía el Catecismo que perdonaba los pecados veniales. Primero lo repartían en la parte delantera, pero, como había tantos rapaces, se formaba mucho follón, se peleaban por cogerlo y lo tiraban al suelo, llevándose el pedazo del sacristán; luego lo daban atrás, a la altura de la pila del agua bendita y, el que sobraba, el sacristán se lo daba a los más retrasados en salir. Muchas veces no quedaban más que las migajas en la cesta. El que lo llevaba esperaba por la cesta e iba con lo que quedaba a avisar al vecino para que lo llevara el domingo siguiente. Muchas veces decía: mira, no dejaron más que las migajas. Éste cogíalas, comíalas y estaba avisado.

He dejado a las madres atrás. Estas buenas madres apuntaban para San Roque, que estaba donde hoy el Corazón de Jesús, y decían a los niños: mira el perrito de San Roque, tiene un bollo en la boca que se lo da para que lo coma. Está enfermo, tiene un grano en la pierna. Mira cómo se lo enseña (miradlo, es verdad en la imagen). Es abogado de la peste, rezadle que vuestros antepasados siempre le rezaban.

San Roque, decían los antepasados, era amigo de San Tirso y San Antonio, porque gastaban polainas, pues al parecer los que gastaban polainas eran hombres de negocios y poco afables, pero estos de las polainas era por el frío y San Roque, por las tormentas.

Nuestro pueblo va cada vez siendo más pobre, hasta en habitantes, pues contados, uno por uno, incluyendo a alguno que anda de aquí para allá, somos 250, cuando hace 55 años, sólo de 6 a 14 años, en las escuelas eramos alrededor de 100.

Por si alguno no recuerda las imágenes de nuestra iglesia, sepan que el San Antonio que está en el altar no es el Abad que decían nuestros antepasados cuando rezaban: "San Antonio Bendito, San Antonio Abad, nos guarde nuestros ganadicos, nuestras casas y moradas y nos libre del enemigo malo" y es a quien se le echa la oración de las cosas perdidas. Su fiesta es el 17 de enero, es el San Antonio de Villanera, y es el abogado de la salud de los ganados. El nuestro es el Paduano, el abogado de pedirle novio, su fiesta es el 13 de junio. Tanta devoción le tenían nuestros antepasados que, tanto uno como otro, en el día de su fiesta no se uñían los bueyes ni se trabajaba con los ganados.

También se perdió la carrera al cementerio el día de Jueves Santo. Hace unos cuantos años atrás, se iba a las tres de la tarde, llevando la Virgen de los Dolores, la cruz y los faroles, y la Cruz de la Misión que estaba colgada en la parte de atrás de la iglesia. La llevaba un hombre y otros dos llevaban los dos cordones; decían que representaba la Cruz de Cristo y a los dos ladrones, Dimas y Gestas.

En la iglesia, en el altar de la Virgen de los Dolores, hoy hay un santo: es Santo Domingo de la Calzada. A él se le atribuye el canto de la gallina después de asada de aquellos peregrinos y los incrédulos que la tenían en el plato y cantó (yo no la vi). Y, en el otro altar de San Antonio, en lo alto está Santo Tomás de Aquino. El niño Jesús estuvo en el altar



Lorenza Fernández

mayor, en el del Rosario, en el de San Antonio, y ahora está en otro lado, o sea, que los santos también andan ambulantes.

En la parte de atrás de la iglesia estaban colgados los dos Cristos, uno de la Cofradía de Cruz y otro de la Cofradía de Ánimas, los dos tenían un lienzo significativo, el de Ánimas eran las almas del Purgatorio, el de la Cruz no lo recuerdo en este momento.

Ya fuera de la Iglesia, están las campanas, casi mudas, no hay quien las quiera tocar. Era una de las alegrías del pueblo, sobre todo en las fiestas, en las procesiones. Sonaban a gran distancia, tocaban a misa en medio de las dos señales de la esquila, y eran utilizadas para muchas cosas buenas; en algunas ocasiones para divertirse y obligar a salir al cura a correr tras los que las tocaban. Dicen algunas crónicas que antiguamente no eran cristianas hasta que las cristianizó San Paulino; yo no lo sé porque no entiendo mucho de algunas cosas, lo que sí sé es que las de este pueblo que yo conocí eran, una grande y la otra más pequeña; la pequeña tenía plata, según los expertos, y sonaba mejor que la otra. Tenían las cabezuelas de madera y sonaban mejor que las actuales, además de venir una rajada cuando las trajeron. Y también, y mejor que yo lo saben los mayores, para los fines que se utilizaban, como para tocar a misa, la procesión, la vaquera, el barbero,

los incendios, la niebla, la tormenta, a las doce, a la alborada, a la oración, a muercto, no sé si me queda algo. Si alguno lo sabe que lo apunte.

Algunas imágenes estaban más visibles, ahora las pasaron al lado de las Sacristías y sólo las vemos las que estamos delante, pero valga este dicho aprendido de mis mayores:

En la Iglesia manda Dios
en la Justicia el alcalde
en la Iglesia el señor cura
y los mozos en la calle.

Luego recalca:

En la Iglesia manda el cura
en la Justicia quien puede
y en este mudo puñetero
el que más dinero tiene.

En fin, dejemos todo como está; que cada uno disponga de lo suyo como quiera y mande en su casa y Dios en la de todos.

También muchos cambios de la Iglesia han sido buenos quitando las diferencias entre ricos y pobres, como en los funerales de 1ª, 2ª y 3ª, en los que los pobres sólo tenían un cura, los ricos todo el clero y los del medio tres curas; los ricos misas cantadas y los pobres rezadas, además los ricos con el mete-miedos que es tumbulo. Se terminaron las bulas, las de los pobres eran de peseta, para los medianos de 5 pesetas y para los ricos de cien; aunque había ricos que las compraban de peseta, a pesar de que el cura les dijera que no les valían para nada porque les pertenecía la más cara.

Ya fuera de la iglesia, hasta el rincón, la acera estaba empedrada y, en la misma entrada, había una rosa empedrada en forma de un octógono que tiene ocho aristas y ocho vértices.

La acera de la casa rectoral, tanto por la parte de abajo como todo lo que enfrenta el camino vecinal hasta la esquina de arriba estaba también empedrado. En esta acera había una rosa igual a la de la puerta de la iglesia, donde jugábamos las chicas de la escuela a la bailarina, que consistía en ir cruzando los triángulos, cruzando los pies, sin pisar las rayas y adelantando un triángulo cada vez que movías los pies. Si las pisabas perdías y jugaban las compañeras.

En la parte de arriba de la huerta había un palomar, que lindaba con la casa de mi hermana Luisa y antes fue de mi abuelo Juanín. Era huerto la mitad. Quería levantar casa. Se la hacía su hermano, el tío Teodoro. Necesitaban fijar las vigas en la pared del palomar y pidió permiso al cura. Éste le dijo: "Tengo que decírselo al Obispo". Pero no terminaba de darle el permiso. Cansado de esperar por el dichoso permiso, un día que el tío Teodoro estaba malhumorado porque no podía trabajar, llamó al cura y le dijo: "¿Está el permiso?". "No -le dijo el cura-; tengo que ir a Astorga a hablar con el Obispo". Entonces el tío Teodoro le dijo con cajas destempladas: "Me cago en usted y en el Obispo". Llamó a los obreros y les dijo: "A trabajar". Y fijó las vigas en el palomar.

Lo que está en la planta baja, cara al camino, era el establo

de los caballos para cuando venían a las fiestas o misas de asistencia, cuando cabalgaban y no tenían coche. Fue almacén de alubias y calzados de nuestra Cooperativa del Campo San Blas. Hoy creo que es depósito de leña o algo así.

Quiero contar un episodio que sucedió en estos establos. Pues hete aquí que vinieron muchos curas a la fiesta en sus respectivos caballos. El sacristán era el encargado de recogerlos, cuidarlos y darles de comer. Mientras los curas estaban comiendo, el sacristán cogió el saco de la cebada, metió un panal de jabón dentro y se fue al establo. Uno por uno le fue untando los dientes bien untados, luego les llenó el pesebre a tope de cebada. Los caballos no paraban de relinchar al ver tanta cebada, pero llenaban la boca y se ponían a relinchar escarbando con las patas. No podían comerla porque les daba mucha dentera. Ya terminada la fiesta, los curas fueron por los caballos para marcharse. Al verlos relinchar de aquella manera y el pesebre lleno de cebada se creyeron que habían comido mucho y se dijeron unos a otros: "Hay que darle buena propina al sacristán, que los caballos dejaron la cebada de sobra. ¡Vaya si los cuidó bien!". El sacristán los oyó y se deshacía en cortesía con ellos, recibiendo una buena propina. El cura se quedó con la cebada y los caballos se quedaron sin comer. No sólo aquel día sino unos cuantos, hasta que uno de los curas se dio cuenta de la estratagema.

Los días de fiesta del pueblo, unos cuantos hombres en compañía del señor Agustín Santos, que era sacristán y mayordomo, cantaban la misa en latín a dos coros, con unas buenas cantoras: desde ellos y abajo Celerina, Guadalupe, Felicitas, Consolación y Teresa Santos. Al llegar al Encarnatus, lo cantaba el señor Agustín. Lo hacía tan despacio que las mujeres, en vez de pensar en el Credo, pensaban en la comida y cuando salían atropelladamente se decían unas a otras: "¡Qué barbaridad! No sé cómo no se quedó con el dichoso Encarnatus. ¡Qué cosa más pesada!".

Sólo voy a contar otro episodio de nuestro pueblo. Los hombres de antes eran muy rezadores; más que los de ahora. Celebraban la Cuaresma con más rigor que ahora; en todo ese tiempo no comían ni carne ni tocino. Por eso querían que llegara Pascua. Pues bien, como digo rezaban mucho. No olvidaban rezar el Calvario y andaban a la porfía. Aguantaban a comer y a rezar el Calvario. Era la Semana Santa, el día de Jueves Santo. El tío Calisto y el tío Marcelino andaban a la porfía a ver cuál lo podía rezar. Total que avanzó el tío Calisto y, tan azorado estaba, que no se dio cuenta de que eran catorce estaciones y dijo con la voz entrecortada: "¡Estación quince! ¡Estación quin... quince! ¡Esta...ta!". Se estancó y no salía del atolladero. El tío Marcelino, cansado de esperar por la estación que no existía, y como tampoco lo sabía, lo picó y le dijo por lo bajo: "Di que te pesa y anda pa'lante".

Y es que antes, como ahora también, había hombres con gracia como en estas historias que cuento. Ellos vivían aquellos tiempos a su manera, los de otra época a la suya y otros vendrán y vivirán como la ciencia y el correr de los tiempos les enseñen, teniendo en cuenta los medios que tuvieron para vivir nuestros antepasados y los que hoy tenemos nosotros.